

Conmovido el joven se incorporó, sus hermosos ojos brillaban en su rostro pálido. Después de vacilar un momento dijo estrechándome la mano:

—Acepto: me hace V. un favor que no o'vidaré nunca. Ahora puedo decir á V. que en vano he solicitado del posadero esa hospitalidad que mi pobreza no me permite pagar, y que sin embargo hubiera comprado al precio de mi sangre únicamente por esta noche.

Tal respuesta era un nuevo incentivo á mi curiosidad; pero don Santiago iba á ser mi huésped y esto me prohibía toda pregunta. Tomamos los dos caballos por la brida, y sin pronunciar una palabra más nos encaminamos á la hacienda.



III

El rapto

DESPUÉS de instalar en mi cuarto á mi nuevo compañero salí diciendo que iba á ver mis caballos, y mandé á Cecilio que fuese por una cena suficiente para dos personas. Volviendo yo á cenar, aunque apenas tocaba los platos, le obligué mejor á acompañarme.

Cecilio, de pie detrás de nosotros, se asombraba del apetito de mi huésped, desarrollado por un ayuno de muchas horas. Al acabar dije:

—Ahora, si la proximidad de una joven y encantadora viajera, cuyo cuarto esta tocando con este, no le impide á V. dormir, creo que hará muy bien en imitarme.

Y me tendí liado en mi manta.

—Bueno, dijo el español, pero acaso, antes de dormirse, no le disgustará á V. oír un poco mi bandurria.

—Está V. en su casa, pero supongo que no se ofenderá, si me duermo escuchándole.

Y á pesar de la dureza de la cama pronto no oí más que sonidos confusos, y por último nada.

Desperté sobresaltado bajo la impresión de un fresco desagradable. La larga y delgada vela despedía sus últimos fulgores en el cuarto, y advertí que me hallaba solo. El español había desaparecido y por la puerta un poco entreabierta, penetraba el aire frío que me había despertado. Púsemme á escuchar. Un profundo silencio había sucedido á los últimos rumores de la vasta hacienda y solo se oía el lejano canto del gallo.

Sorprendido por la desaparición de mi compañero me levanté para cerrar la puerta, dirigiendo una mirada al patio. A pesar de la oscuridad me pareció descubrir dos sombras medio ocultas detrás de una columna. Una de ellas era la de don Santiago, que hablaba en voz muy baja; la otra me era desconocida, pero por la dulzura de la voz que, aun cuando velada por la prudencia, se elevaba como una ténue y suavísima melodía, conocí bien pronto que allí había una mujer.

Había visto ya lo bastante y empujé la puerta despacio. Al chirrido de los goznes enmohecidos observé una sombra ligera que desapareció tras de otra columna más apartada. Don Santiago vino corriendo hacia mí.

—Ha sorprendido V. un secreto, me dijo, que más pronto ó más tarde averiguaría: preferible es que se lo revele ahora. Además hablaba de V. con ella. ¿No es á V. á quien debo una de las horas más dichosas de mi vida?

Me hizo en pocas palabras el relato de una historia de amor empezada seis meses antes bajo los árboles de la alameda: se trataba de proyectos de unión contrariados por la desigualdad de fortuna, de tentativas de fuga frustradas por vigilancia continua. Se había enamorado de ella solo por su hermosura, antes de saber que fuese rica. El padre se la llevaba á una de las haciendas que poseía en el interior del país, pero

don Santiago los seguía con sus dos caballos prevenidos para su nuevo proyecto de fuga.

El pobre joven á la tercera jornada se había quedado sin recursos, y no pudo alojarse en Arroyo Zarco; pero vencida esa dificultad, gracias á nuestro encuentro, todo estaba dispuesto para que huyesen á Guanajato.

Allí el español confiaría á la novia á una parienta lejana que la ocultaría en un convento hasta que, celebrada la boda, les fuese fácil pasar á España. El proyecto de él era que yo los acompañase, dejando á mi criado en la hacienda y llevándonos su caballo. El posadero, viendo salir tres bultos de hombre, como habíamos entrado nada sospecharía.

Había tanta elocuencia en la mirada suplicante del enamorado que ya me decidía á engolfarme en la nueva aventura, más la reflexión me contuvo. Él salió de mi cuarto suspirando, y pocos minutos después volvió á entrar acompañado de ella. Se nombraba doña Luz, y á fé que merecía el nombre. Envolvía su cabeza y su rostro un rebocío con toda la elegancia mejicana: los pliegues del velo de seda solamente dejaban ver una trenza de cabello lustroso como el azabache y una frente algo coloreada por el rubor; bajo los arcos de sus negras cejas brillaban dos ojos magníficos velados por largas pestañas. Con aquella voz armoniosa que poco antes me había encantado me dijo:

—¡Cuánto le agradecería á V., caballero, que consintiese en prestarnos su ayuda! Considere V. que, aunque nos la niegue, no cambiará una resolución que es inquebrantable, aunque me cause rubor el decirlo.

Esta súplica y la mirada de que la acompañó me desarmaron: me limité á balbucear algunas palabras de prudencia y deber, y el español me interrumpió diciendo:

—La presencia de V. puede evitar una gran des-

gracia porque así no se atreverán á perseguirnos: la amo tanto que la mataría y moriríamos juntos, antes que consentir que me la arrebatasen.

Orgullosa y reconocida á la vez por ese arranque de pasión, la encantadora joven premió á su amante con una de esas miradas ardientes que la naturaleza criolla no puede contener mucho tiempo. Después, tendiéndome una mano incomparable por lo linda, me dijo:

—¿No es verdad que consiente V?

Los instantes eran preciosos; era ya media noche y me faltaba el valor para una segunda negativa. Trasladar las sillas y las maletas á la cuadra para preparar los caballos sin llamar la atención, fué obra de un momento. Reinaba oscuridad profunda y tuvimos que buscar nuestros caballos con la luz de los cigarros.

—¡Holal amigo, me dijo boztezando uno de los cocheros que dormían allí; parece que se pone V. en camino muy temprano.

—Me espera hoy una jornada muy larga, respondí.

Nos arreglamos á tientas sin más interrupciones, arreglando lo mejor que pudimos el segundo caballo, para la novia. Faltaba advertir á Cecilio del papel que debía desempeñar en nuestra ausencia, y me dirigí al cuarto que ocupaba. El pobre muchacho dormía á pierna suelta, de modo que me costó trabajo despertarle.

—Escucha, le dije. Es preciso que continúes durmiendo así hasta las diez de la mañana, si te es posible, y sinó no salgas del cuarto. Razones poderosísimas exigen que nadie en la hacienda sospeche tu presencia en ella hasta dicha hora. Entonces te deslizarás fuera con cautela, sin que te vean, lo cual te ha de ser tanto más fácil cuanto que me llevo tu caballo y tendrás que irte á pie. Tomarás el camino de Celaya, y aunque tuvieses que andar todo el día, vé á encontrarme á la posada de la Soledad, que allí te aguardaré.

—Cumpliré las órdenes de V., señor, dijo Cecilio con pesar, sorprendido por tan inesperada peripecia.

Mis dos compañeros de fuga estaban ya á caballo cuando me reuní con ellos. D. Santiago parecía tirar con el frío de la noche, y ella, con la cabeza envuelta en su velo de seda bajo el sombrero y la capa colocada al revés sobre sus hombros, estaba suficientemente disfrazada. Sin embargo, reprimidos sollozos revelaban su violenta conmoción. Comprendí los sentimientos que la agitaban, y no pude menos de dirigir una mirada hacia el cuarto donde dormía su padre.

En este instante solemne vibró en el corazón del amante la generosidad castellana con toda su fuerza.

—Lucecita, la dijo, si no quieres abandonar á tu padre, todavía estás á tiempo.

Restituida por aquella voz al sentimiento que dominaba todo su ser, la hermosa mejicana se estremeció y el universo desapareció ante sus ojos. Tomando la mano de don Santiago y llevándola á sus labios con la sumisión apasionada de una esclava del Oriente, dijo con voz dulce y firme:

—Partamos.

A esta voz suprema de la pasión se desvanecieron mis últimos escrúpulos, y atravesamos el patio silenciosamente. El posadero dormía en el suelo, atravesado delante de la puerta; toquéle con la punta de mi lanza, sin hablarle, y se levantó con la prontitud maquina de un hombre acostumbrado á que le despierten á cada momento.

—¿Tan temprano? gruñó recibiendo el precio de nuestras habitaciones. ¿Y ese caballero también con sus dos caballos?

—Sí, le respondí; este caballero, mi criado y yo debemos estar en la hacienda de San Francisco antes de amanecer.

—Feliz viaje, repuso abriendo la puerta, y enseguida volvió á cerrarla detrás de nosotros.

Seguimos un breve rato el camino de Méjico, por la falsa indicación que acababa de hacerle al posadero, pero luego torcimos hacia Celaya, esto es, tomamos un camino opuesto, después de un rodeo para no pasar por delante de la hacienda. Cubría la llanura á lo lejos una niebla húmeda y glacial, pero de vez en cuando el viento de la noche abría brecha en sus vapores y entonces aparecía el suelo cubierto de una blanca capa de escarcha.

Nuestros caballos hendían impetuosamente la niebla; yo, si bien participaba de la impaciencia febril de la pareja que me acompañaba, no podía librarme de cierta emoción, comparando el porvenir dudoso hacia el cual se precipitaban ciegos y apasionados á esos vapores densos que á nuestros ojos ocultaban el horizonte y el camino.

Solo moderamos un poco el paso cuando una luz parduzca empezó á iluminar los objetos en torno nuestro, mientras una línea blanca sobre las colinas cubiertas todavía de niebla nos anunciaba el alba.

—Detengámonos un instante, dije á don Santiago, descansarán un poco nuestros caballos, y entretanto echaré pié á tierra para escuchar si alguien nos sigue.

Habíamos andado unas ocho leguas en el mayor silencio, porque nuestra situación era de esas en que las emociones no permitían hablar. Con el oído pegado al suelo escuché ansiosamente si alguna pulsación subterránea señalaba el galope de probables perseguidores. Ningún eco se percibía bajo la tierra; la llanura debía estar desierta á larga distancia. Entonces me senté sobre la yerba é invité á mis compañeros á que me imitasen.

Igual que desaparecía la niebla á los primeros rayos del sol, lo mismo se desvanecía la inquietud de los amantes, dando cabida en sus corazones á la confianza y á una delirante exaltación. Apenas la joven echó pié á tierra, cuando obediente al impulso irris-

tible de su naturaleza americana, estrechó en sus brazos al que en lo sucesivo sustituía para ella al mundo entero, que por él había olvidado. La frente melancólica y marchita del español pareció radiar un momento, á esas caricias apasionadas; después, cediendo á una emoción demasiado viva, palideció; se bamboleó y cerró los ojos. Doña Luz lanzó un grito desgarrador.

—No tema V., la dije, la felicidad no mata.

Depositó suavemente sobre la yerba á don Santiago, que permanecía inmóvil, en tanto que doña Luz, arrodillada junto á él, inundaba su rostro de lágrimas. Remedio tan dulce hizole volver pronto en sí. D. Santiago entonces vino hacia mí, mientras la interesante criolla ocultaba su semblante entre las manos, mezcla singular de pasión y de pudor que daba mayor encanto á su belleza.

—No pase V. de aquí, me dijo él; ha hecho V. ya demasiado por nosotros, y no quiero abusar más de su bondad. Pero antes de separarnos tengo que pedir á V. otro favor, y es que cambiemos nuestras capas; la de V. será para mí una garantía de seguridad.

Accedí y efectuamos el cambio.

—No ganará V. en el trato, continuó don Santiago sonriendo, pero me presta un gran servicio. Si la casualidad le lleva á V. Guanajato celebraría mucho que volviésemos á vernos. Permaneceré allí quince días en una de las posadas de la ciudad, y allí quisiera dar á V. una muestra del reconocimiento que conservaré toda mi vida.

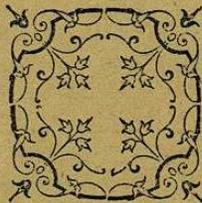
Era el momento de separarnos. Ayudó él á doña Luz á subir al caballo, montó en el suyo de un salto y desatando la bandurria suspendida al arzón me la ofreció diciendo:

—Tómela V. y guárdela como una memoria mía. Durante mucho tiempo han constituido toda mi for-

CAPITULO ALFONSO

tuna la esperanza y ese instrumento. Hoy Dios me da la realidad.

Y me tendió su mano brillando lágrimas en sus ojos. Doña Luz me pagó con su sonrisa mucho más de lo que me debía y ambos se alejaron. Seguí con la vista pensando involuntariamente en la distancia fatal que separa con tanta frecuencia la copa de los labios.



IV

Quid pro quo peligroso

SOLO, en la desierta llanura del Cazadero estube un buen rato sin saber que hacer, pues me hallaba á distancia considerable de lugares habitados. Pensé en volver grupa y meterme otra vez en Arroyo Zarco, pero esto no era conciliable con la cita que había dado á Cecilio en la posada de la Soledad; una jornada de diez leguas, que recorrí sin tropiezo.

El posadero, al verme con una bandurria á guisa de bandolera, me tomó por un viajero de buen humor, y me habló de lo muy aficionado que era á la música, cual si tuviese grandes deseos de oirme. Tuve que responderle con una negativa formal y me instalé en la habitación más retirada de la casa.

Al oscurecer llegó Cecilio. Nada de particular me contó. A las once, hora en que salió de Arroyo Zarco, reinaba allá calma completa.

Esta noticia me tranquilizó acerca de la suerte de los fagitivos y resolví pasar la noche en aquel sitio.

El pobre Cecilio, que había andado diez leguas á

CAPITULO ALFONSO